

PEREGRINACIONES Y PROCESIONES: UN RITUAL DE AYER PARA EL HOMBRE DE HOY

JOSE LUIS GUERRA DE ARMAS

PROFESOR DEL CENTRO TEOLOGICO DE LAS PALMAS

Con el término “peregrinaciones” nos referimos no sólo a los grandes movimientos religiosos que tienen como meta un santuario famoso, sino también a los cortejos y procesiones que, de una forma u otra, se alimentan de la piedad popular. Es cierto que no siempre se confunden unas y otras y que, la mayor parte de las veces, coexisten estas formas de ritualidad, no sólo en el cristianismo, sino también en otras religiones; pero si unas y otras las integramos en la misma reflexión, es porque pensamos que, en definitiva, las procesiones no son más que el resultado y ampliación de las peregrinaciones o las procesiones la parte ritualizada de aquéllas.

Hace tiempo que el telón parece haber caído sobre este género de expresiones religiosas. Y, sin embargo, con sus flujos y reflujos, continúan hoy como ayer. Diría que van en aumento. No habría más que hojear el apartado de la prensa local, sobre todo en verano, para darnos cuenta hasta qué punto crecen y se multiplican las fiestas y las procesiones, no sólo en las poblaciones tradicionales, sino, sobre todo, en los nuevos núcleos urbanos populares, en los que las asociaciones de vecinos buscan desesperadamente en la fiesta del santo y en la procesión correspondiente un motivo que cohesionen y dé vida a los nuevas zonas dormitorio; lo mismo habría que decir de las peregrinaciones a

los grandes santuarios que, jamás como en la actualidad habían sido centro de la industria del turismo, alentado y fomentado por las agencias de viajes, por la administración pública y por las pertinentes instancias religiosas. Sin embargo, también nunca como hoy, la reflexión antropológica, teológica y pastoral se ha desentendido tanto de estos fenómenos, tratando de distanciarse de un terreno aparentemente poco consistente. Desde la consideración que de ellas hizo la Reforma protestante y la Ilustración, teniéndolas por pueriles e inútiles, hasta el Catolicismo cerebral nacido a raíz del Vaticano II, que todavía colea en algunos clérigos y grupos, ha pasado mucho tiempo y, en contra de lo esperado, no sólo no se han extinguido sino que están francamente en auge.

De ahí que sea inevitable que nos planteemos la cuestión que, por otra parte, comienza a figurar en las agendas de los órganos pastorales de muchos países, tanto desarrollados como no, en la nueva teología que se hace desde Latinoamérica y sobre lo que nos invita también a reflexionar nuestro último Sínodo diocesano⁽¹⁾.

Antes de las inevitables preguntas a cerca del cómo y en qué condiciones habría que realizar hoy estos ritos para que tengan un mínimo de eficacia, está la pregunta fundamental: ¿Por qué las procesiones y las peregrinaciones? ¿En qué motivación o instancia hunden sus raíces estas prácticas? ¿Qué es lo que las hace no sólo aceptables, sino plausibles?

A estos interrogantes de fondo pretendemos responder en este artículo, tratando de ofrecer no sólo su dimensión pastoral, sino también aproximarnos a su intrincada problemática antropológica, bíblica y litúrgica. Con ello esperamos ofrecer en este Año Jubilar cargado de estos rituales - peregrinaciones a Roma y a Tierra Santa, bajadas de la Virgen del Pino y de la imagen del Cristo de Telde a Las Palmas; peregrinaciones a los santuarios de la Virgen de los Volcanes en Lanzarote y de la Virgen de la Peña en Fuerteventura - elementos que nos ayuden a darle densidad a estos actos de religiosidad popular y, al mismo tiempo, nos posibilite tender puentes entre estas tradiciones heredadas del pasado y el hombre de hoy.

1. EL AGOTAMIENTO DEL RITUAL CRISTIANO

Son muchos los expertos que hablan hoy de la paradoja de la crisis del ritual. Por un lado se nos vacían las iglesias y, por otra parte, los viejos y nuevos caminos que llevan a los viejos y nuevos santuarios - muchos de ellos surgidos al margen del control de la autoridad eclesíastica - se llenan de nuevo bullicio.

(1) CONSTITUCIONES SINODALES, DIOCESIS DE CANARIAS, Obispado, Las Palmas 1992, nn. 568-570.

Mientras contemplamos impotentes la deserción progresiva, sobre todo en las iglesias tradicionales, de los ritos sacramentales y cada vez más se habla de la caducidad de las viejas formas culturales de nuestras celebraciones, asistimos a un progresivo interés fuera de los templos por los signos y los símbolos que, a poco que escarbemos en ellos, emerge la impronta del repertorio litúrgico tradicional cristiano. Podría afirmarse que mientras decrece el ritual oficial cristiano, crecen y se desarrollan paralelamente los ritos pertenecientes a la cultura civil –inauguraciones de grandes eventos, macro-conciertos juveniles, etc.– y, sin género de duda, todo aquello que tiene algo que ver con la cultura popular religiosa. Esta situación ofrece al liturgista un serio motivo de reflexión al que convendrá lógicamente prestar atención. Si los signos son las únicas mediaciones para llegar al Misterio, si los ritos pretenden ser “visibilidad” de lo invisible, es urgente plantearse la opacidad de nuestras celebraciones y el por qué ciertos actos de piedad popular llegan tan al corazón de la gente y se convierten para gran parte del pueblo sencillo en la expresión religiosa por antonomasia.

Sin duda, en medio del creciente secularismo y la modernidad, la tecnología y la electrónica, la exploración del espacio y las autopistas de la información, el hombre se siente cada vez más perdido y busca echar raíces en el suelo firme y estable de lo sagrado. Cuanto más siente el vértigo de la velocidad con que cambia la humanidad, tanto mayor es el deseo de agarrarse a lo de siempre. Parece que los lugares de peregrinación responden a esta profunda necesidad antropológica que experimentan las personas de sentirse conectadas con lo telúrico. “Quizá –también– las personas encuentran demasiado monótona la vida religiosa y echan de menos algo más intenso, más festivo, más emocional. Quizá la forma que adopta hoy nuestra religiosidad no responde a las necesidades de las personas”⁽²⁾.

Al hombre, sobre todo al creyente, no le bastan las palabras, los discursos, las reflexiones, el conocimiento racional, sino también el emotivo. Necesita de los signos para vivir y manifestar su fe. Necesita de los ritos para estructurar unas creencias que no pueden circunscribirse al ámbito del intimismo o de los sueños.

A ello, entre otros motivos, deben las peregrinaciones su vigencia, pues favorecen e implican a todo el hombre, especialmente a su cuerpo: caminar, ver, sentir, toca... mientras nuestras liturgias son, con frecuencia, demasiado conceptuales, pasivas; le ayudan a experimentar la gratuidad en una sociedad donde todo se valora por su eficacia y por su rendimiento económico, mientras todavía hoy en muchas celebraciones litúrgicas prima la obligación y la inercia; le facilitan la vivencia personal de la comunión, sentir, encontrar cierta unanimidad, mientras nuestras asambleas tradicionales adolecen de calor y de alma.

(2) M. SIMON, *Pilgrims Crowding Europe's Shrines* en “New York Times” (12 octubre 1993).

Es cierto que en estas expresiones de piedad popular no todo es aceptable y junto a aspectos positivos, muchos contestan la prioridad dada a unas formas de religiosidad cuyos motivos aparentes son casi siempre materiales, mezclados con frecuencia de superstición y ambigüedad, que alejan al caminante del “verdadero camino”, reduciéndolo la mayoría de las veces a unas prácticas efímeras, cuando no inútiles. Pero sea lo que fuere, la realidad es que tanto hoy como ayer, junto a los peregrinos tradicionales que acuden a los viejos sepulcros e iconos, se suman nuevos peregrinos seculares que más que el santuario buscan la experiencia solidaria del camino o simplemente convencerse de que el Dios asediado y silenciado por la cultura moderna y posmoderna está todavía vigente y puede sentirse mejor en algunos sitios.

Es esto lo último lo que parece una constante de este ritual a lo largo de los siglos: si bien Dios puede estar en todas partes, hay algunos lugares privilegiados en el que su presencia es más transparente y tangible.

En definitiva, se trata de buscar de forma más viva y responsable, en un mundo en permanente cambio, la identidad cristiana. Las peregrinaciones son un lugar donde ésta se expresa. Por ello, al reflexionar sobre este tema, pretendemos reencontrar, sin falsos pudores, las propias raíces del creyente, repitiendo gestos que otros, antes que nosotros, también realizaron y que, tanto hoy como ayer, significan más de lo que dicen.

2. EL CAMINAR SACRO EN LA BIBLIA

El modelo típico de la peregrinación cristiana, tal como hoy la conocemos, no puede fundamentarse directamente en la Biblia. Ciertamente sus raíces se hunden en el suelo bíblico, pero ese “humus” ha sido enriquecido posteriormente con otras aportaciones provenientes de otras culturas. No obstante echar una ojeada a los modelos bíblicos que nos describen el peregrinar sagrado significa redescubrir formas rituales que, sin duda, nos ayudarán a comprender y a purificar los modelos actuales; aun más, esos modelos, pueden, incluso, respondernos a las preguntas del por qué de las peregrinaciones y cómo se desarrollan.

En el Antiguo Testamento, aunque no encontramos explícitamente el término “peregrinación”, sí encontramos diversos tipos de marchas religiosas más o menos explícitos, ligados a las diversas etapas que recorre el culto israelita: unos anteriores a la centralización del culto, otros pertinentes a la época de la centralización y otros propios de la predicación profética⁽³⁾.

(3) F. LOUVEL, *Les processions dans la Bible*, en “La Maison Dieu” 43 (1955), pp. 5-28.

En este artículo, por razones de brevedad, nos detenemos en la época más arcaica, la precedente a la centralización del culto que tuvo lugar en el 622 a.C. con la reforma de Josías.

Estas tradiciones antiguas, ligadas a los santuarios patriarcales –Siquén, Bétel, Mambré y Berseba– nos describen ya, aunque desarrolladas de forma desigual, las tres fases de toda peregrinación: la **partida**, el **camino** y la **llegada**.

Por considerarlo un arquetipo, elegimos el texto que primero desarrolla este ritual: Gn 35, 1-15. En él se nos narra la peregrinación realizada por Jacob y su familia desde el lugar sagrado de Siquén al lugar sagrado de Bétel y, aunque es un texto interpretado de diversas maneras por las distintas escuelas hermenéuticas, esta perícopa, inventada o verdadera, será, de hecho, el antecedente al que se remitirán las generaciones posteriores para justificar y explicar la peregrinación entre los dos santuarios. Nosotros sólo pretendemos que nos sirva para evidenciar algunos aspectos inherentes a la peregrinación cristiana, ya presentes en los orígenes de la experiencia bíblica.

En la fase de la **partida** (Gen 35, 1-4), entre los elementos principales, se subraya la iniciativa de la Palabra de Dios. El dato que preside esta fase y guía toda la peregrinación es la Palabra de Yavhé. Toda esta etapa del gran viaje de Jacob, que comienza en Gen 28, 20, no es un simple “ir de un lado a otro” propio de unas tribus nómadas, sino que es un verdadero acto litúrgico al que Dios convoca.

Un segundo elemento, marcado con fuerza y ritualizado, es el de la purificación: los que han de realizar la peregrinación querida por el Señor han de tirar lejos las estatuas de los dioses extranjeros y enterrar los pendientes de sus orejas, pues todo acercamiento al Santo por excelencia, exige la “santificación” interior⁽⁴⁾.

Junto a éstos, hay otros datos que no debemos pasar por alto. Por ejemplo: los peregrinos no son individuos agrupados al azar, sino que entre ellos existen lazos anteriores de familiaridad o de fe. Además, es un patriarca, “un cabecilla”, el que organiza teológica y ritualmente la peregrinación.

A la segunda fase, a la del **camino**, el texto sólo le reserva un versículo, pero comparándolo con otros textos del Pentateuco (Ex 23, 27 y Num 10, 33-36) nos induce a pensar que esta etapa de la peregrinación era concebida como una marcha militar de tipo triunfal, como un desfile, semejante a la larga marcha del éxodo⁽⁵⁾. Por ello, no es difícil, concluir que el camino de toda

(4) Cf. RENATO DE ZAN, *Le processioni: modelli biblici*, en “Rivista Liturgica” 4 (1992), pp. 478-495.

(5) L. ALONSO, Schökel señala que la invitación de Jacob está constituida por una frase fuertemente rítmica, que contiene dos rimas en su interior. Ello puede hacer pensar en un invitatorio o estribillo de eventuales cantos ejecutados a lo largo del camino. Cf. R. DE ZAN en *Ibidem*, 483.

peregrinación era para el hebreo una especie de evocación de la marcha de Israel hacia la tierra prometida.

La última etapa es la de la **llegada**. En ella se distinguen claramente dos momentos: la erección de un altar y un culto funerario. El primero era, posiblemente, un rito de acción de gracias, de renovación y memorial, el segundo, un rito típicamente popular, motivado por la muerte de Débora, la nodriza. Posiblemente en esta etapa arcaica, la tercera fase de la peregrinación pudo haber abarcado un rito funerario, suprimido más tarde por el evidente peligro que tenía de contaminarse con costumbres paganas.

Los testimonios a cerca de las peregrinaciones, ligados a otras etapas de la vida de Israel, son abundantes⁽⁶⁾. Después de la reforma todas las fiestas de peregrinación se concentran en Jerusalén y se destruyen los santuarios locales. A partir de entonces todo hebreo adulto de Palestina tiene la obligación de peregrinar a Jerusalén con ocasión de las tres grandes fiestas anuales: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Aquí solo hemos querido reseñar, casi de pasada, el texto del Génesis, pero en todos los textos alusivos a estas fiestas hemos podido constatar, de forma más o menos sobria, aquellas características fundamentales que conforman la experiencia del camino que proviene del mundo bíblico y que resumimos en los siguientes elementos:

- La dimensión de ruptura y de alejamiento. La peregrinación es, ante todo, una partida y un corte con lo cotidiano.
- La dimensión comunitaria de toda peregrinación. La meta común, la pluralidad de los peregrinos y la unidad de los ritos hace de la experiencia de la peregrinación un hecho decididamente comunitario, sin renunciar en modo alguno a lo personal.
- El clima festivo. La peregrinación no está motivada por la tristeza, sino por la alegría y es en el marco de ese clima festivo donde debe contemplarse el resto de los elementos: la purificación, el canto, la música, la danza, etc., vistos, ante todo, como modos de adornarse para el encuentro con el Señor.
- La importancia del camino: se camina no sólo para llegar, sino también para vivir el camino. Y todo ello elevado a la categoría de símbolo: en realidad la peregrinación bíblica es la realización de un proyecto divino contenido en la ley o emanado de la orden de un responsable, o simplemente un arquetipo vivido en el pasado por un

(6) Epoca de la centralización del culto: Dt 16, 1-17; Lev 23, 4-43; Salmos graduales o de ascensión: 120-134 y salmos de peregrinación: Sal 84; 91; 122. Predicación profética: Textos de corte contestatario: Am 5, 4-7; 1 Cr 28,9. Textos de corte teológico: Is 2, 2-5; 60; 66, 18-21; Miq 7,12; Zac 14,16-19; Tb 13,1.

personaje importante o por todo el pueblo, y considerado por la comunidad digno de ser retenido, hasta el punto de querer actualizarlo en la experiencia presente del pueblo a través de una marcha ritual.

Es, sin duda, este rico contenido de la experiencia bíblica de la peregrinación lo que induce a las primeras generaciones cristianas a considerar y vivir su propia fe como un camino a recorrer, tal y como señala, entre otros textos, el libro de los Hechos 9, 2: “Saulo... se llegó al Sumo Sacerdote y le pidió cartas de recomendación para las sinagogas de Damasco, a fin de que si allí hallaba quienes siguiesen este *camino*, hombres o mujeres, los llevase presos á Jerusalén”.

3. JESUS PEREGRINO

Hablar de Jesús como peregrino es tanto como situarle en el marco de su propia tradición religiosa. Pero Jesús no sólo peregrinó a Jerusalén, como todo buen judío de su tiempo, para celebrar las grandes fiestas, sino que toda su vida fue interpretada por los evangelistas como un camino hacia la fiesta de la Pascua⁽⁷⁾. Aún más, desafió la ortodoxia aceptada de su propia tradición y se autoproclamó como el camino (Jn 14,6) y la meta de toda peregrinación: como el santuario, el templo (Jn 2, 19-21). El único mediador, el lugar de encuentro entre Dios y el hombre.

Cierto que el itinerario de Jesús, peregrino, coincide con el del resto de sus antepasados y coetáneos que subían a Jerusalén, pero pronto puso en evidencia que su camino iba mucho más allá. Su desafío y su gesto de subvertir el lugar mismo de la peregrinación le costó caro. No es que Jesús despreciara el templo o lo que éste significaba, la presencia de Yavé en medio de su pueblo Israel, sino que se trataba más bien de dejar claro dónde y cómo había que buscar esa presencia. En adelante, desde la perspectiva profética de Jesús, a Dios había que buscarlo en las comidas con los pecadores que no tenían que esperar subir a Jerusalén para presentar su ofrenda por el pecado antes de recibir el perdón, o entre los pobres que no tenían nada que presentar, aunque hubieran realizado el viaje, o en la supresión de los estigmas sociales que pesaba sobre los leprosos, los ciegos o los cojos a los que se les negaba la participación en el culto en nombre de la pureza legal que exigían las leyes reguladoras de las actividades del templo⁽⁸⁾.

(7) El testimonio de Lucas nos presenta el ministerio de Jesús –en analogía con la peregrinación del éxodo– como una subida a Jerusalén y Juan, en su evangelio, nos muestra a Jerusalén como la meta de las peregrinaciones en torno a las cuales Jesús articula su mensaje.

(8) SEAN FREYNE, *Jesús, el peregrino*, en “Concilium” 43 (266), p. 639.

En Cristo ya no es necesario recorrer un camino especial, andar hacia un lugar determinado para encontrar a Dios. La santidad no tiene otro espacio de verificación que la vida y el corazón del hombre, que tiene a Cristo como único camino en comunión con la Iglesia, santuario y cuerpo del Señor.

No es extraño, pues, que el Nuevo Testamento no aluda a ningún tipo de peregrinación o procesión de carácter eclesial. Sucede con otras dimensiones del nuevo concepto de culto, típico del cristianismo. Con ello la nueva religión no trata de invalidar esas expresiones, pero sí distanciarse de las formas huecas y superficiales en las que se vació el culto de la antigua alianza, contestadas por el profetismo con el que Cristo se alineó desde el primer momento.

A pesar de ello, los primeros escritores cristianos, a la hora de articular su fe en Jesús de Nazaret, encontraron en el imaginario de la peregrinación judía un rico filón, hasta el punto de pasar del peregrino Jesús a la cristología de la peregrinación⁽⁹⁾. El sentimiento de alcanzar el centro en que se realizará el encuentro pleno y definitivo con Dios, tan fundamental en las peregrinaciones, se correspondía con la naturaleza ya realizada, aunque no completa, de la existencia cristiana en el mundo. La promesa de lo que aguarda ilumina y motiva, paso a paso, la marcha del peregrino. Por ello, el cristiano, por definición peregrino, no es sólo el que visita un lugar sagrado, sino alguien que participa en una historia de la que es solidario, una historia santa, que fundamentada en un determinado acontecimiento, empeña toda su vida y la orienta hacia el futuro. En definitiva, el peregrino cristiano hace memoria de Jesucristo, del acontecimiento Cristo, muerto y resucitado, al que posiblemente siente de forma más transparente en el santuario. Por eso, después de visitarlo, se siente abocado a un cambio, a no retornar a su historia cotidiana tal como era antes. Si todo encuentro con alguien cambia a las personas, el creyente que verdaderamente ha hecho el camino de la peregrinación, se ve impulsado a no instalarse en el santuario, sino a volver transformado de peregrino en misionero de lo que ha visto, oído y tocado.

Es justamente la fuerza evocadora y simbólica de ese signo lo que atrae a los primeros cristianos: no sólo porque muchos de ellos venían de una tradición que tenía en esa práctica una profunda expresión de la esperanza que animaba su historia colectiva, sino sobre todo porque “extranjeros y peregrinos en camino hacia la verdadera patria”⁽¹⁰⁾, encontraban en esa imagen de la peregrinación un cúmulo de metáforas, símbolos y actitudes con las que significar sus anhelos y sus valores. Y es desde ahí, desde su significado

(9) Por extraño que parezca, es en los escritos de Pablo, especialmente en su epístola a los Romanos (caps. 9-11) donde vemos cómo la teología de la peregrinación hebrea es reinterpretada a la luz del evangelio. Idénticas referencias encontramos en el cuarto evangelio y en la carta a los hebreos.

(10) 1 Pt 1, 1; 2, 11. Heb 11, 13; 13, 14.

sacramental, desde donde hay que leer también hoy esta tradición antigua y, al mismo tiempo, actual. En ella se inspira el papa Juan Pablo II, incansable viajero, en sus numerosas enseñanzas ⁽¹¹⁾, tratando de desarrollar las motivaciones de fondo del “camino”, presentes ya en numerosos textos del concilio Vaticano II y en las nuevas plegarias eucarísticas, que hablan de la “iglesia de los peregrinos” ⁽¹²⁾.

LA PEREGRINACION EN EL CONTEXTO SACRAMENTAL DE LA IGLESIA

La peregrinación cristiana pertenece, por tanto, al ámbito de los signos. Juan Pablo II, tanto en su carta apostólica *Tertio Millenio Adveniente*, como en la Bula de proclamación *Incarnationis Mysterium*, cuando habla del Año Jubilar y, consecuentemente de las prácticas en las que se expresa y manifiesta su espíritu, utiliza el término “signo”. El signo considerado teológicamente, es decir desde su dimensión sacramental.

En efecto, una de las mejores formas de entender y expresar lo que significa la peregrinación cristiana es aplicarle las categorías sacramentales de “signo”, “eficacia”, etc. La peregrinación significa –es decir anuncia a través de una acción que la realiza– la salvación que Dios concede gratuitamente.

Por ello, utilizar esta categoría de “signo” es poner en evidencia que la peregrinación no puede en modo alguno reducirse a un gesto formal y ritualista o a una actitud piadosa e íntima, pues le faltaría el significante, el esfuerzo efectivo de liberación, de conversión, testimonio de la gracia de Dios. La Iglesia es responsable del signo que propone y cada cristiano del signo que pone en su vida, hasta el punto de poder verificar que la “gracia” no es simple retórica sino experiencia transformante.

“Los signos –afirma J. Gelineau⁽¹³⁾– están siempre ahí para dar sentido a lo que la vida no deja de producir de nuevo para nuestra fe. Ellos son siempre el sentido que hay que encontrar, el riesgo que correr, la promesa que mantener, la alianza que renovar”.

Por lo mismo, en las expresiones que pertenecen al campo de la piedad habría que decir algo que se afirma con toda propiedad de la Liturgia: hay que rechazar cualquier intento de vulgarizar gestos y elementos sensibles para reducirlos al nivel de la vida cotidiana. Para tener un rito cargado de simbolismo es necesario cuidar las formas, pero siempre como expresión de

(11) Véase, entre otros documentos, la encíclica *Redemptoris Mater* (1987).

(12) LG 50. Cf también nn. 6-8; 48-49; GS 57.

(13) *Liturgia para mañana*, Sal Terrae, Santander 1977, p. 125.

una celebración plena y auténtica, aceptando la ruptura y el profetismo que ejercen respecto a la existencia cotidiana.

LA MUSEIZACION DE LO RELIGIOSO

Hablar de la peregrinación como un ritual del pasado para el hombre de hoy nos lleva necesariamente a la consideración de un nuevo tipo de peregrino que ve la peregrinación (pos)moderna sólo como un “contenedor ritual”, suprimiendo casi por completo los signos religiosos y contrastantes de esa experiencia. Es, sin duda, un aspecto más del mecanismo de museización que atenaza a la cultura religiosa popular.

En los relatos de peregrinación que tanto proliferan en este tiempo, especialmente en relación con el “camino de Santiago”, el viaje se emprende muchas veces como un escape hacia el pasado, como evocación de lo histórico, artístico, y cultural de una época que nos fascina precisamente porque nos resulta exótica. En esos relatos se echa de menos la conexión de esas historias representadas en vivo con la existencia cotidiana del actor peregrino, de forma que se equilibren los dos polos. Con frecuencia, en esos relatos, el peregrino aparece más bien como un actor que toma parte en una representación, hasta tal punto que su viaje puede ser visto como una obra de carácter religioso, cuyos componentes rituales y litúrgicos aparecen, ante todo, como componentes de aquel ambiente cultural heredado que se desea evocar.

Sin duda, este es un peligro que amenaza a los rituales de ayer, recuperados o alentados hoy desde instancias no siempre adecuadas, pero sí interesadas. Las peregrinaciones, romerías, procesiones, se presentan como escenificaciones de una hiperrealidad, como medios para mantener una realidad artificial de algo que, de hecho, ya no es. Se utiliza, se invoca y evoca el pasado, no para enraizarlo en la vida y en la experiencia cotidiana de hoy, sino para exhibirlo como algo distinto, cuando no como algo puramente “folklórico”, que solamente se aplaude.

Sin embargo, todo “contenedor ritual” –en nuestro caso *la peregrinación*– cuyo atractivo radica precisamente en su carácter *tradicional*, tiene grandes posibilidades ya que ofrece al hombre actual un espacio adecuado para compensar funciones variadas que la cultura (pos)moderna recorta al máximo: posibilidad de identificación personal y de relaciones interpersonales en una sociedad cada vez más anónima y masificada, serenidad y contemplación frente a una sociedad cruzada por las tensiones y la confusión, valoración de lo “inútil” y lo gratuito en un contexto saturado por el materialismo y el beneficio, sorpresa y admiración en una existencia reglamentada hasta el exceso. Por ello, tal vez, más que de peregrinaciones

habría que hablar de peregrinos, pues en cada peregrinación podemos advertir diversas formas de apropiación del pasado y distintos comportamientos. De todos modos, es evidente, que en nuestro contexto cultural emerge un nuevo tipo de peregrino que, a la preocupación por la continuidad y la tradición, añade una significación exclusivamente laica a estos rituales –ténganse en cuenta las extendidas y siempre presentes romerías de nuestras fiestas patronales– de los que sólo quedan sus vagos contornos, aprovechados oportunamente por las instancias de poder.

PARA UNA PASTORAL RENOVADA DE LA PEREGRINACION

Los estudiosos y los documentos pastorales ponen de relieve todas estas y otras graves desviaciones. A pesar de ello queda patente el hecho de que, tanto hoy como ayer, el hombre sigue peregrinando y, por ello, una pastoral atenta a la mecha humeante para no apagarla, debe plantearse con todas las consecuencias qué hacer. Junto a aspectos negativos, la historia también nos demuestra que este rito, presente en todos los tiempos, culturas y religiones, se puede convertir, y de hecho se convierte, en un tiempo de búsqueda y de encuentro, en un viaje hacia el interior. Las peregrinaciones, ciertamente, no pueden sustituir los ministerios ordinarios de la Iglesia, pero pueden constituir un momento privilegiado para la evangelización, tanto a nivel individual como comunitario. Precisamente porque no son necesarias, ni obligatorias, pueden ofrecer un espacio más abierto para todos: tanto los que viven en la pobreza como en la abundancia, los intelectuales como los analfabetos, sienten que en el mundo actual hay un déficit de “sentido” y la respuesta no la encuentran en los servicios habituales de sus iglesias, ni en los cursos de las universidades. Por supuesto que la peregrinación no es la panacea para dar respuesta a los complejos interrogantes que plantea una nueva evangelización, pero una cosa es cierta: la gente quiere peregrinar... ¿Cómo responder a esa demanda con una genuina respuesta pastoral?

No hay recetas para ello, pero sí ciertas intuiciones y criterios que habría que tener en cuenta a la hora de elaborar un verdadero proyecto que nos facilite encontrar soluciones adecuadas que privilegien, no las formas que tienen mayor éxito, sino las más válidas.

El Sínodo Diocesano de nuestra diócesis de 1992, nos recuerda algunos:

“Vincular, cada vez más, la religiosidad popular con la vida litúrgica de la Iglesia. Las peregrinaciones han de ser siempre verdaderos actos de culto y testimonios convincentes de la fe. Para ello es preciso:

- *No promover aquello que responde a esquemas sociales caducos (Búsqueda de milagros, cristianismo reducido a religión de los santos, devociones que marginan los sacramentos, etc).*
- *Sustituir los aspectos devocionales arcaicos con un contenido más actual en conformidad con el modelo del ritual “Bendicional”.*
- *Incorporar una concepción antropológica y teológica más sana de los diferentes gestos que acompañan a esta praxis popular. Por ejemplo encauzando y actualizando las manifestaciones de sacrificio, dolor, promesas, renunciaciones, opciones, etc., dándoles un sentido cristiano solidario e iluminándolas desde la muerte y la resurrección de Jesús.*
- *Valorar las experiencias intuitivas, simbólicas, festivas, vivenciales de este ritual, cuidando siempre que lo emocional no derive en fanatismo.*
- *Suprimir los elementos de carácter mítico o supersticioso, cuidando, sobre todo cuanto afecta a las imágenes religiosas por el peligro que encierra el adorarlas como si fueran el mismo Dios, en un fenómeno de sustitución.*
- *Desarrollar los valores evangélicos, potenciando y favoreciendo todo lo que impulsa el desarrollo de una fe libre, personalizada, comunitaria, comprometida y misionera al servicio de la liberación integral de los individuos y de los pueblos”⁽¹⁴⁾.*

De acuerdo con estos criterios, tiene una importancia especial, la preparación y el desarrollo de las celebraciones, que forman la trama de la peregrinación. Las peregrinaciones, sobre todo, las organizadas, ofrecen la posibilidad de iniciar en el itinerario cristiano y significar de modo privilegiado la dimensión eclesial y universal de la fe. Este ritual no es una simple sucesión de momentos aislados, sino un todo que debe ser proyectado como una catequesis en acción y una celebración unitaria.

Junto a estos elementos, es imprescindible no olvidar otros, tanto preparatorios como consecuentes, entre los que destacamos: la acogida, la catequesis sencilla y cercana a los problemas y vivencias de los peregrinos, –sin olvidar que ya el mismo lugar, el santuario, la convivencia, la universalidad, se pueden convertir y se convierten en una verdadera catequesis (no son sólo medios o pretextos)–, la celebración de la reconciliación y la Eucaristía de despedida, culmen y fuente de todo el proceso.

(14) CONSTITUCIONES SINODALES, o.c., p. 8, n. 568. Véase también los nn. 569-577.

A MODO DE CONCLUSION

Según los datos de la antropología y de la Biblia, la peregrinación aparece como un hecho sólido y como un signo válido para celebrar el misterio de Cristo. Una actitud iconoclasta al respecto sería, por tanto, equivocada e injusta.

Hoy, como ayer, el hombre no renuncia a la peregrinación. Aún más las peregrinaciones crecen en todo el mundo ⁽¹⁵⁾. Este ritual, aparentemente residual, propio de otros tiempos, sigue gozando de buena salud. Sigue atrayendo la atención del hombre (pos)moderno, que más allá de la solución aceptable que puede encontrar en la racionalidad de lo religioso, busca en la religiosidad popular, más enraizada en lo simbólico y experiencial, tocar el “misterio”.

La peregrinación (y en este término comprendemos otros ritos que la integran como las procesiones), es un valor por sí misma y requiere, por tanto, ser estudiada, no sólo a nivel histórico y social, sino también teológico y simbólico ⁽¹⁶⁾. Ciertamente no hace falta participar en una peregrinación geográfica para crecer en la fe, pero una genuina peregrinación puede ser un tiempo y un espacio privilegiado para la iluminación.

Un hecho es cierto: cuando los ritos tradicionales cristianos decaen, el ritual de la peregrinación crece en aceptación.

Sin embargo este gran movimiento, no parece haber tenido su debida valoración en los proyectos pastorales de la mayoría de las Iglesias particulares. El Código de Derecho Canónico de 1917 ni mencionaba el hecho, el de 1983 le dedica cuatro cánones ⁽¹⁷⁾. Afortunadamente hay algunas Conferencias Episcopales que lo estudian con periodicidad habitual, pero no es el caso de la española, en el que sólo lo plantea ocasionalmente la Comisión de Turismo(!).

(15) De Lourdes, por ejemplo, se dice que nunca había recibido tantos peregrinos desde la aparición de 1858 como en nuestros días: cerca de seis millones por año. En Santiago de Compostela en el actual año santo han roto cualquier techo anterior. En Roma se espera la llegada de 25 millones de personas en este año jubilar. Lo curioso del fenómeno es que en una gran proporción son jóvenes.

(16) Para un estudio profundo recomendamos una obra clásica sobre el tema: J. CHELINI- H. BRANTHOMME, *Les chemins de Dieu. Histoire des pèlerinages chrétiens des origines à nos jours*, Hachette, París 1982. Una síntesis completa con la colaboración de los mejores especialistas. Cf. también: Ch. TEYSSEYRE, *I pellegrinaggi*, en *Assemblea santa*, Centro editoriale dehoniano, Bologna 1990; *Liturgie et pèlerinage*, en “La Maison Dieu” 170 (1982); *Peregrinación*, en “Concilium” 266 (1996); *Peregrinos a Santiago*, en “Misión Abierta” 3 (1999).

(17) CIC de 1983, (cáns. 1230-1234).

Donde el problema se ha repensado seriamente y se ha iniciado una pastoral adecuada y creativa –integrando positivamente los aspectos deficientes y resolviendo los críticos– se han obtenido resultados notables y renovadores.

José Luis Guerra de Armas